

REVISTA MEDICA.

ALGO DE EUROPA.

Muchas leguas más allá de nuestras costas, en el viejo mundo, hay un país que es muy bello, y en ese país una ciudad hermosísima, y dentro de esa ciudad un hombre.

No nos vamos á ocupar del país ni de la ciudad, por mucho que uno y otra prestan material abundante para importantes reflexiones y poéticas pinturas; sino del hombre, aun cuando toda personalidad nos es ingrata.

El país es Francia;

La ciudad, Paris;

El hombre se llama Figuiet.

M. Figuiet, el escritor científico que lleva muchos años de estar compilando cuanto bueno se escribe, sobre los diversos ramos del saber humano; M. Figuiet que, llevado por el carril de los renglones impresos, ha visitado imaginariamente toda la Europa, toda la Africa, toda la Asia, toda la América, toda la Australia; M. Figuiet que pretende escribir su nombre en la portada del gran templo, que desde Adán hasta la fecha trabajan los hombres por levantar á la diosa Sabiduría; en una palabra, el erudito autor del «Anuario científico,» tuvo, no há mucho tiempo, la bondad de ocuparse de nosotros los mexicanos, y en la balanza de su alto juicio encontró que pesamos muy poco. A juzgar por la descripción que hace de algunas de nuestras costumbres, somos una especie de salvajes que desconocemos hasta el uso de los cubiertos que la civilización ha inventado para tomar los alimentos, y que en materia de ciencias, somos, por consiguiente, tan sabidores como los hijos de la Hotentocia.

Un escritor mexicano, se ocupó ya en refutar el injurioso artículo del *sabio* francés; y ciertamente no serémos nosotros quienes también perdamos el tiempo en tan poco útil tarea.

Otro es el objeto con que tomamos la pluma:

A pesar de nuestra pequeñez, vamos á analizar brevemente un artículo que, con motivo de la enfermedad y muerte de Napoleón III, publicó

el mencionado M. Figuiet en su libro «L'année scientifique et industrielle,» correspondiente al año de 1872.

Comienza el escritor diciendo, que apenas han concluido los imponentes funerales que *la Europa* hizo el 17 de Enero de 1873 á Napoleon III; que apenas comenzaba á disiparse el dolor de sus amigos, cuando del fondo de sus almas se elevó una duda amarga, sobre si la catástrofe fué debida mas bien al tratamiento quirúrgico que á la enfermedad misma.

Guiado M. Figuiet por un espíritu, que no nos atrevemos á calificar, pero que no es sin duda el imparcial que debiera traslucirse en todo trabajo médico, estudia tan difícil como delicada cuestión, anticipando que sus ideas expresan las impresiones de la generalidad de los cirujanos de París.

Conviene aquí advertir que la operación de la litotricia fué practicada al *héroe* de Sedan por el cirujano inglés Mr. Thompson, pues nadie ignora que ingleses y franceses no están ligados por vivas simpatías.

Hecha esta advertencia, veamos si Mr. Figuiet analiza la cuestión con la concienzuda severidad de un perito, y si falla con la imparcialidad de un juez probo.

«La litotricia, dice, es una invención francesa, y en Francia, por lo mismo, se deben buscar las verdaderas reglas de esta operación.»

Ciega á M. Figuiet el amor á los suyos! Sabido es hasta por los mas ignorantes, que no todo invento brota de la cabeza de un hombre tan cabal y tan perfecto, como dice la fábula que nació Minerva de la cabeza de Júpiter; sucede, por el contrario, que la generalidad de los descubrimientos, no son en su principio sino un embrión que con el transcurso del tiempo van perfeccionando los sabios. La misma operación de la litotricia, es un hecho que lo comprueba. En los tiempos de Albuca- sis era un embrión, pero que ya anunciaba sus formas, como puede uno convencerse por este pasaje: «*accipiatur instrumentum subtile quod nominant mashaba rebilia, et suabiter intronittatur in virgam, et volve lapidem IN MEDIO VESICAE; et si fuerit mollis, frangitur et exhibit.*» A mediados del siglo XVI, A. Paré y Franco, así como Hunter y Sanctórius algun tiempo despues, propusieron instrumentos bastante perfectos para romper y extraer los cálculos detenidos en la uretra. En 1812, Gruithuisen pretendió perforar dentro de la vejiga los cálculos, con objeto de conocer su naturaleza para servirse con acierto de los litontrípticos. En 1817, Egertson, cirujano escoces, inventó con el mismo objeto un ins-

trumento ménos defectuoso, por haberse encontrado que, usando del anterior, la vejiga quedaba expuesta á ser herida. En 1818, Civiale imaginó, siempre con el mismo objeto, su pinza de tres ramas; y no fué sino hasta 1824 cuando la litotricia tomó en la práctica el rango en que la colocaron los sucesos del mismo Civiale, de Heurteloup y de Leroy (d'Etioles).

No se piense que pretendemos arrebatár á estos hombres la gloria que justamente les pertenece, por haber sido ellos quienes más contribuyeron á vulgarizar el procedimiento que tiene por objeto desembarazar á una persona de una concrecion vesical sin operacion sangrienta; pero ¿habrémos, por esto, de convenir en que *solo en Francia* se deben buscar las reglas de conducta al emprender la litotricia?

En medicina, las reglas no pueden ser absolutas; no es, por desgracia, esta ciencia tan exacta como la de los números; y si hay algo que en su ejercicio puede dar á un hombre tal prestigio que lo haga como superior á los demás, es precisamente la libertad de obrar por inspiracion propia, sin avasallar su inteligencia á las prescripciones de otros. A nuestro modo de ver, Mr. Thompson no incurrió en pecado, apartándose en algo de los preceptos franceses, mientras no se demuestre que esos preceptos son infalibles ó eran los que la oportunidad reclamaba en el caso que se analiza.

Entremos ahora con M. Figuiet en el análisis de la operacion practicada por el cirujano inglés.

«*Parece*, dice, que no se practicó la exploracion de la region renal, ni la medida de los riñones por el plesímetro, lo cual habria hecho conocer el volúmen exacto y el estado doloroso de cada riñon.»

Hemos subrayado algunas de las anteriores palabras, porque son dignas de la mayor atencion. La palabra *parece*, envuelve una duda, y ésta, la duda, es una base muy falsa para levantar sobre ella toda una acusacion; pero no pretendemos escribir una defensa en forma de Mr. Thompson, y por lo mismo, hacemos punto omiso la forma para ocuparnos solo de la esencia.

¿Podiera M. Figuiet decir por qué region coloca el plesímetro para determinar el volúmen exacto de los riñones? Puede ser que nuestra poca práctica nos haga parecer difícil, si no imposible, esa apreciacion rigurosa; pero en verdad que todavía en estos momentos nuestra duda existe en pié. ¿Colocará M. Figuiet el plesímetro por la region lombar?..... Pero por allí la masa de tejidos es tan voluminosa que hace físicamente

imposible la percepcion del sonido oscuro que dá á la percusion todo órgano macizo. ¿Lo aplicará por el vientre?..... Pero entónces, *aun cuando es poco el espesor de la piel y de los músculos*, queda interpuesta entre el riñon y el instrumento la masa intestinal, que dá un sonido claro en los puntos que topográficamente corresponden á la viscera que se busca. ¿Lo colocará por un flanco?..... Pero esto seria tan inútil como ridículo. Comprendemos que en una persona demacrada puede alguna vez llegarse con las manos, deprimiendo la pared anterior del abdómen, hasta casi tocar á los riñones; pero si esto es posible con las manos, y si las manos tienen sobre todos los instrumentos la inmensa ventaja de ser sensibles, ¿á qué fin exigir que se aplique el plesímetro? ¿Con qué objeto se recomienda una práctica que hace la exploracion más difícil y más incierta? Ignoramos si M. Thompson prefirió al plesímetro sus manos, cuando reconoció los riñones de su enfermo; pero si tal hizo, lo aplaudimos desde por acá los profesores, que preferimos al inútil lujo de algunos instrumentos, los medios más perfectos que dá la naturaleza.

Añade M. Figuiet, que con el plesímetro hubiera podido apreciar Mr. Thompson, á más del volúmen de los riñones, su mayor ó menor sensibilidad. Cosa más rara! Desde que M. Piorry inventó su pequeño instrumento, nadie, ni el inventor mismo, lo creyó destinado á tan altos fines.

Concluimos el análisis de este punto, diciendo: que la exigencia de M. Figuiet es inútil por imposible, inútil é impertinente.

Sigamos á nuestro autor en sus apreciaciones.

Despues de hacer una descripcion de la litotricia, como si diese una leccion al cirujano inglés, ó creyendo acaso que puede haber médico entre los que lean su libro que ignore lo que es esa operacion, hace á Mr. Thompson el cargo de no haber reconocido las orinas ántes de resolverse á operar. Este cargo es tambien fundado en una suposicion, pues dice el crítico: “Il est également à craindre que l'examen des urines, qui “aurait permis de constater l'existence dans ce liquide des *tubes albumi-neux*, n'ait été omis.”

El exámen de las orinas es de ley, porque ellas pueden demostrar con un sedimento de pus más ó ménos abundante que el receptáculo padece, y en tal caso la litotricia está formalmente contraindicada, ¿Cumplió con este precepto Mr. Thompson? Casi nos atrevemos á asegurarlo, pues no es creible que un práctico de su gerarquía omitiese lo que no se escapa ni á un estudiante de medicina. Por otra parte, el cirujano in-

glés que no debe ignorar cuán crítica es la situación del médico que tiene la desgracia de perder á su enfermo, hizo la autopsia del cadáver y mostró la vejiga sana, lo que nos convence de que estaba sana ántes de la operacion, y de que esta circunstancia alentó al práctico para llevar hasta ella su litotritor.

Pero ¿reconoció Mr. Thompson las orinas con el microscopio, buscando los *tubos albuminosos*? Acaso no, porque lo juzgó inútil. Obró mal? Confesarémos aquí que nosotros hubiéramos incurrido en ese mismo pecado, pues creemos tambien que es perfectamente inútil el minucioso trabajo que se exige.

Los *tubos albuminosos* de que habla M. Figuiet no pueden ser, en nuestro humilde concepto, un motivo de abstencion absoluta, pues ellos, es decir, los cilindros hialinos de bordes rectos y regulares, únicos que propiamente merecerian el nombre de tubos, son el signo cierto de la nefritis parenquimatosa crónica, del llamado mal de Bright, que si hubiese de ser una formal contraindicacion, dejaria á estos enfermos en la más angustiosa de todas las situaciones.

Pondrémos un ejemplo para ser más claros:

X padece albuminuria y sufre á más por un cálculo vesical. Se le reconoce, y los datos semeióticos dicen que el receptáculo urinario está íntegro y que dentro de él se encuentra una piedra de mediana consistencia; pero el exámen de la orina hace ver, entre otros elementos, tubos hialinos.

Lo operará M. Figuiet?

No, sin duda. Se cruzará de brazos, y con un "non pósumus" terrible como una sentencia de muerte, dejará al enfermo presa de sus angustiosos dolores.

Nosotros obrariamos de otra suerte.

Ciertos de que el padecimiento de los riñones no era una nefritis intersticial de forma aguda, en cuyo caso usariamos de una terapéutica apropiada ántes de la operacion, resolveriamos aliviar á nuestro enfermo de la enfermedad que estaba á nuestro alcance, de la concrecion patológica, y de seguro que no nos temblaria la mano con que empuñáramos el *casca piedra*, por mucho que protestasen contra nuestra resolucion millones de tubos albuminosos.

La razon en que nos fundamos es óbvia. Una nefritis intersticial afecta la forma aguda, y en una ó dos semanas desaparece cuando no termina por supuracion; mientras que la nefritis parenquimatosa ó la dege-

neracion amiloides son incurables y de forma crónica. En el primer caso, la prudencia aconseja esperar unos dias á que la flegmasía se resuelva; en el segundo, la misma prudencia obliga á intervenir, pues no hay esperanza de que el padecimiento renal cese. Podrá suceder que alguna vez se dé el caso de que el proceso patológico de los riñones se exacerbe por el traumatismo quirúrgico; pero ¿es este, acaso, un peligro tan cierto y tan grande que haga tener en nada el inmenso alivio que se procura al paciente, extrayéndole la piedra? ¿Pesará más en la balanza del juicio médico un accidente aunque terrible, dudoso, que la certidumbre de procurar un indefinible consuelo? Sin duda que no; y aun cuando confesemos no imposible el caso de que la litotricia, inflamando la vejiga, dé un impulso desfavorable á la afeccion de los órganos secretores, fuerza es se nos conceda que en la inmensa generalidad de casos, el resultado será más favorable. Sucumbirán los enfermos á los inevitables progresos de su afeccion orgánica; pero morirán bendiciendo la mano operadora, y acaso asegurando ellos mismos habérseles prolongado la vida que ya se les escapaba cuando vivian bajo el peso de su doble enfermedad.

Lo repetiremos, porque esto es esencial. La presencia del muco-pusado por la vejiga contraindica la litotricia, porque él significa que está enferma la entraña dentro de la cual se va á operar; pero la presencia de los *tubos albuminosos* no tiene igual valor semeiótico, sino en el caso de que no siendo meramente tubos sino pequeños cilindros de fibrina coagulada, unidos á otros síntomas, revelen una nefritis intersticial.

La tercera contraindicacion asentada por M. Figuiet es el volúmen del cálculo.

Disentimos tambien en esto.

Puede ser un cálculo voluminoso, y sin embargo, requerir la litotricia de preferencia á la talla, porque su consistencia ceda á la presion del instrumento; puede no ser muy voluminosa la concrecion y reclamar, sin embargo, la talla por habérsele reconocido tanta consistencia que fuera dilatada la maniobra para romperlo y dejar dentro de la vejiga fragmentos duros, irregulares, cortantes, que pudieran herir la mucosa. En una palabra, no es solo el volúmen, sino tambien la consistencia de la piedra lo que debe preocupar al cirujano para resolver la operacion salvadora. Si el cálculo fuere muy blando, seria prudente intentar la *litolibia*; si fuere algo mayor su consistencia, debería emplearse la litotricia; si su agregacion molecular fuere tanta que se reconociere difícil

romperlo con el casca-piedra, el recurso seria el bisturí y el litótomo para extraer la concrecion patológica por una vía sangrienta.

Hablamos en términos generales, pues bien se sabe que, á más de las condiciones indicadas, hay otras, como por ejemplo, la de localidad, que debe tener presentes el práctico. En Europa es infinitamente mas grave la talla que en México, y por eso es que allá se prefiere la litotricia, mientras que, en igualdad de circunstancias, nosotros, con mayor libertad de eleccion entre la litotricia y la talla, preferimos por lo comun esta última.

De las tres contraindicaciones de la litotricia que M. Figuiet establece como ineludibles, obsequiando el *magister dixit*, máxima escolar de un tiempo que pasó para no volver; de esas tres contraindicaciones, repetimos, la dada por el estado patológico de los riñones, es sobre la que insiste; porque ella le sirve de base para formar de piés á cabeza y miembro por miembro la entidad morbosa que mató á su emperador.

Dice M. Figuiet: si el cirujano que hace la operacion de la litotricia no tiene la paciencia de dejar que trascurren diez dias entre cada sesion de machacamiento, la frecuente introduccion del litotritor determina en la vejiga una irritación que puede convertirse en inflamacion, y ésta propagarse por los uretères á los riñones; inflamados estos, añade, cesan de eliminar de la sangre la uréa, el ácido úrico, los uratos, etc., cuyos elementos obran como un verdadero veneno, determinando lo que en patología se conoce con el nombre de "uremia." Es así que Mr. Thompson no obsequió el precepto fundamental, sino que reconoció la existencia de la piedra el 1.º de Enero, practicó la primera operacion el dia 4 y la segunda el dia 7, luego la vejiga debió inflamarse, luego esa inflamacion se debió propagar á las glándulas renales, luego éstas debieron quedar imposibilitadas en el uso de sus funciones, luego la intoxicacion urémica debió desarrollarse, luego el emperador murió por la operacion.

Tal es, sobre poco mas ó ménos, la batería silogistica de que se sirve M. Figuiet para disparar desde Francia hasta Lóndres la acusacion de impericia, ó si se quiere, de regicidio, contra su honorable compañero, contra el hombre que en el desempeño de una mision noble y santa procuró aliviar los padecimientos físicos del que era fuerza sucumbiese á los morales.

Repetimos que no defendemos la personalidad de Mr. Thompson; pero, á fuer de imparciales y en virtud de ser médicos, sentimos como

una especie de necesidad de levantar nuestra débil voz en defensa de la justicia, aun cuando mas allá del Océano haya quien diga que no puede hablar de ciencias quien no ha aprendido la muy difícil de manejar el tenedor y la cuchara.

Todas las premisas de M. Figuiet son falsas. No dice en su escrito si le constaba que su emperador estuviese enfermo de los riñones; no sabe si Mr. Thompson hizo ó no el análisis de las orinas; ignora si el cirujano inglés procuró la previa dilatacion del canal de la uretra introduciendo bujías de goma elástica; tampoco sabe á punto fijo si despues de la operacion disminuyó ó no la cantidad de la orina; y sin embargo, por la sola noticia de que la inspeccion cadavérica descubrió una afeccion de los riñones, se sienta ante su bufete, dibuja sobre un papel las formas aterradoras de la uremia, y luego dice al mundo: he aquí el maldecido aborto de la impericia de un inglés, que vino á llenar de luto los corazones bonapartistas.

Pero ese fantasma nacido de la cabeza de M. Figuiet se desvanece como los que evoca el sueño, desde el momento en que se mira á merced de la luz científica. En efecto, cuantos han leído las varias descripciones de la muerte de Napoleon III, escritas por personas que lo vieron en sus últimos dias, convienen en que los signos dados por el enfermo de Chilverhust no son los de la uremia. Por otra parte, la uremia, segun el parecer de M. Figuiet, debió tener por origen la inflamacion de la vejiga propagada por los uretères á los riñones; pero como, segun hemos dicho, el práctico inglés tuvo buen cuidado de inspeccionar el cadáver para poner su reputacion á salvo, resulta que la teoría quedó destruida por su base, que no hubo uremia, ó que si la hubo, fué motivada por el mismo padecimiento renal, por la nefritis parenquimatosa que de tiempo atrás padecia el ex-emperador.

Para concluir dirémos:

Puede ser cierto que Napoleon III muriera porque el padecimiento antiguo de los riñones lentamente fué preparando el inevitable desenlace; puede ser cierto tambien que el abatimiento moral en que debia encontrarse aquel hombre, caido desde la vertiginosa altura en que lo colocó la fortuna, y que no tuvo la gloria de morir en Sedán como Maximiliano en México, *sin miedo y sin mancha*, lo precipitara al sepulcro; puede ser cierto, por último, que directa ó indirectamente lo matase la operacion practicada; pero cualquiera que fuera la verdad acerca de esto, lo innegable es que M. Figuiet ha dado una solemne prueba de ligereza

anticipando un juicio desfavorable para el médico inglés, ántes de poder formularlo con datos inequívocos.

M. Figuiet revela en su escrito que es más bonapartista que médico.

La casa de Napoleon debe estarle agradecida.

Pero en cambio. . . .

La Ciencia se cubre con entrambas manos el divino semblante avergonzado.

Setiembre 16 de 1873.

MANUEL DOMINGUEZ.



CRONICA MEDICA.

EXPOSICION MUNICIPAL.—Entre los objetos médicos que allí figuran, se encuentran algunas piezas de anatomía normal y patológica, preparadas y conservadas por alumnos de la Escuela. Algunos periódicos, poseidos de una susceptibilidad femenil, ven con horror la exposicion de una pierna ó de un corazon, y lanzando anatemas contra el bárbaro que tuvo el mal gusto de ponerlas á la expectacion pública, quisieran decapitarlo y colocar allí su cabeza. Estos arranques, sin embargo, no son mas que el resultado de las preocupaciones y tal vez de la ignorancia. La buena preparacion y conservacion de piezas anatómicas, es, ha sido y será en cualquiera nacion culta, uno de los trabajos de mas importancia y de consecuencias mas benéficas para la humanidad. El vulgo podrá muy bien horrorizarse, y sin embargo, el autor de una buena preparacion habrá hecho un servicio, y se hará, tal vez, acreedor á un premio.

Si en el programa de la Exposicion se hubiera llevado la mira de hacer una fiesta de diversion y no de emulacion, nosotros seriamos los primeros en asociarnos á esa misma prensa que ahora combatimos; pero como nunca abrigamos la idea de que en la mente de la autoridad municipal cupiera tan mezquino proyecto, tenemos el sentimiento de no estar de acuerdo con ella.